

y atormentaban a los hombres.

Comenzamos a blasfemar. De ninguna manera queríamos pasar la noche en semejante lugar. Las condiciones eran espantosas. Debíamos avergonzarnos de ello. A partir de este momento no volveríamos a alardear frente a los españoles de nuestro sentido de la organización.

Nosotros buscábamos el Estado Mayor las Brigadas Internacionales. La vigilancia no nos permitía entrar. Apartamos a un lado los centinelas que protestaban y entramos por la puerta. Había tres hombres sentados alrededor de una mesa ocupados con papeles. Un hombre delgado y encanecido, de facciones marcadas, se levantó y nos preguntó insistentemente. Su chaqueta de cuero revelaba que se trataba de un superior. Protestamos entre nosotros. Finalmente, Franz aclaró en nombre de todos que no queríamos permanecer en esa pocilga y que deseábamos ir a Madrid a la Brigada número once. El hombre de la chaqueta de cuero nos explicó que esa decisión no podía tomarla él sólo, que regresásemos en una hora por si durante ese tiempo había recibido alguna noticia al respecto.

Los oloter se formaban en el parque Abelardo Sánchez donde se habían instruido grupos de la vieja brigada de ametralladoras rusas Maxim. A pesar de ser muy antiguas eran verdaderas armas. No estaban oxidadas ni en desuso como en Aragón. Inmediatamente tomé una de ellas. Disculpé mi curiosidad ante el instructor. Le dije que había luchado en Aragón y que quería continuar lo antes posible hacia Madrid.

El instructor enseñaba las diferentes partes y usos de las armas. Además nos mostro una LMG moderna y varios fusiles. Yo observaba todos los detalles, accioné el cerrojo y las palancas. En Suiza, como fusilero, nunca tuve en mis manos una LMG o una ametralladora de gran calibre.

Transcurrieron dos horas hasta que Franz trajo la orden del Estado Mayor. Todavía no estaba nada decidido. No había ningún informe de las Brigadas. Según la documentación presentada éramos el equipo que esperaban para manejar los tanques que estaban por venir. En ese momento supimos que debíamos permanecer en Albacete una o dos semanas y montar vigilancia.

Junto a esto Franz supo que Hans Baimler había muerto en Madrid. Su cadáver había llegado hacía poco tiempo a Albacete e iba a ser amortajado en el Ayuntamiento. Por la noche, cientos y cientos de personas pasaron delante del ataúd de Hans. Parecía estar dormido. Sólo su palidez y el vendaje que llevaba en la cabeza indicaban que estaba muerto. Las flores cubrían su féretro. Las banderas comunistas y republicanas dibujaban el fondo de la sala.

El diputado comunista del Reichstag de Bayern se había enterado del fallecimiento en el campo de concentración, pero la muerte lo apresuró a la primera línea de batalla en Madrid.

Herbert, el antifascista independiente, murmuraba triste: "Lo siento por él. Era un verdadero director de tropa. A los caciques no les pasa eso, no mueren, se esconden bien atrás y luego se llevan la gloria. Me parece que en Albacete se anidan demasiados repugnantes ambiciosos. Hans Baimler ha tenido suerte. Si tuviera que ser así, si